



LOS HOMBRES Y MUJERES QUE HABITARON LA ALDEA

María Jesús de Pedro Michó, Eva Ripollés Adelantado, Laura Fortea Cervera
Museu de Prehistòria-SIP

Diversas son las vías de aproximación al conocimiento de los grupos humanos de la Prehistoria, entre ellas el análisis de las bases económicas y actividades domésticas, del espacio social en el que habitan y de las prácticas funerarias documentadas.

El grupo según las prácticas económicas

Para cronologías en torno a los inicios del II milenio a.C., algunos investigadores plantean la existencia de grupos sedentarios más o menos jerarquizados con prácticas económicas basadas en una agricultura cerealista extensiva y una explotación ganadera intensiva. Hipótesis que defiende la consolidación del tipo de vida campesina a partir de la presencia de unidades de asentamiento de pequeño tamaño y de carácter familiar extenso, con relaciones de adhesión o filiación entre ellas.

Las actividades domésticas y de mantenimiento, así como las bases económicas documentadas en la Lloma de Betxí reflejan el modo de vida de una comunidad campesina. Ahora bien, acerca de los hombres y mujeres que habitaron la aldea, ¿qué sabemos?

De acuerdo con los anteriores planteamientos y la interpretación del registro arqueológico, el grupo humano que vivió en la aldea de la Lloma de Betxí estaría formado por una familia de unas 15-20 personas, hombres y mujeres, de todas las edades, parientes entre sí, pertenecientes a distintas generaciones que habitaban en una unidad doméstica u hogar, y cuyas bases económicas eran la agricultura y la ganadería.

Las familias campesinas se caracterizan por ser productoras y consumidoras del fruto de su trabajo, siendo ellas mismas su propia y exclusiva mano de obra. Cabe pensar que todos sus miembros, sin distinción de edad o sexo, colaborarían tanto en las actividades domésticas como en aquellas otras derivadas de su economía. La introducción del arado pudo significar el momento del



Enterramiento masculino en posición secundaria. Sector Este.

paso de la mujer horticultora al hombre agricultor pero no parece concluyente que la dificultad del trabajo de arada fuera la causa de la separación de la mujer de esa actividad, tanto por el tamaño de las parcelas, lo ligero de los suelos, el propio tipo de arado y la presencia de animales de tiro, por lo que es razonable pensar que sería un trabajo compartido (Fernández-Posse, 2000). Y lo mismo con la ganadería, puesto que el registro arqueológico y zooarqueológico contradice que sea una actividad «masculina» y aboga por una tarea de carácter acusadamente doméstico y con buena compensación entre el aporte calórico a la dieta y el aprovechamiento de productos secundarios.

El grupo de la Lloma en el entorno del Camp de Túria. El espacio social

La complejidad observada en las infraestructuras de algunos poblados refleja la existencia de una estructura social capaz de organizar los trabajos de construcción y mantenimiento; y la información del registro, en cuanto a la variabilidad en las dimensiones y funcionalidad de los asentamientos, permite plantear la hipótesis de un territorio jerarquizado. Si pensamos, por ejemplo, en las importantes obras de construcción en piedra, caso de la edificación central de la Lloma, asumimos que se trata de trabajos que exigen tiempo, fuerza y organización. La cuestión es si, además, se requiere la asociación de un grupo significativo de individuos más allá de la familia extensa, si buscaron alianzas en poblaciones cercanas para recibir ayuda. O qué clase de vínculos mantenían con los grupos vecinos.

Para dar respuesta a esta cuestión sobre los contactos entre los grupos es necesario abordar el estudio del espacio social en el que habitan y el medio físico donde se articulan las relaciones sociales, en un tiempo y ámbito determinados. En el caso de la Lloma el reconocimiento de su espacio social así como de las conexiones con otros grupos es complicado porque apenas conocemos las pautas del poblamiento en la zona inmediata, tal y como hemos visto en un capítulo anterior.

La Lloma de Betxí se sitúa en un pequeño cerro de escasa altura, con un control visual limitado y sin mu-

rallas, por lo que se descarta una función defensiva. La elección del emplazamiento se vincularía, más bien, con la explotación de las tierras circundantes. El edificio de la parte superior sería el caserío de una comunidad agrícola reducida, en el que vivienda y almacén ocupan el mismo espacio. La proximidad de una serie de asentamientos de reducido tamaño también desprovistos de murallas no supone lazos de dependencia o control del territorio, sino que traduce la existencia de relaciones igualitarias entre grupos vecinos.

Para determinar los vínculos entre dichas comunidades es necesario, pues, valorar el conjunto del poblamiento, la coetaneidad entre los yacimientos, la duración de las ocupaciones y los ajuares domésticos; no obstante, como ya se ha señalado, la falta de excavaciones modernas impide confirmar la cronología de muchos de ellos y por tanto su contemporaneidad.

Acerca de las prácticas funerarias

En otro orden de cosas, también podemos acercarnos a los pobladores de la Llama a partir del estudio de los contextos y las prácticas funerarias, fuente de información privilegiada para conocer la estructura social y la cultura de un grupo humano. Teniendo en cuenta que, en



Enterramiento de un cánido en posición primaria junto al individuo masculino del Sector Este.

cualquier sociedad, la manera en que se establecen las prácticas funerarias está en relación directa con la forma y complejidad de la organización de dicha sociedad; si queremos conocer la diversidad en las actividades realizadas, en el acceso a los recursos, en la distribución del producto, o si había consumo diferencial, debemos recurrir a los restos humanos.

Desde mediados del III milenio a.C., la difusión de objetos de poder y prestigio, como armas de cobre, cerámicas decoradas, oro, adornos, marfil o brazaletes de arquero, presentes en contextos funerarios muestran la existencia de redes de intercambio al servicio de determinadas elites sociales. Algunos individuos reciben un tratamiento especial a su muerte, con ofrendas que denotan prestigio y autoridad mientras que otros no. Tal es el caso



Enterramiento masculino en posición primaria. Sector Oeste.

de la Cultura de El Argar en cuyas sepulturas encontramos ajuares ricos, otros de menor calidad, individuos sin ajuar e incluso muchos otros que ni siquiera merecieron enterramiento (Aranda y Esquivel, 2007).

La presencia de tumbas con fuertes disimetrías en cuanto a la composición y riqueza de sus ajuares, en niveles estratigráficos contemporáneos dentro de una misma unidad habitacional, evidencian la existencia y el desarrollo de aristocracias y de siervos asociados a ellas. Una desigualdad que también ha sido puesta de relieve por los estudios osteológicos a partir de las diferencias observables entre los propios restos óseos, pues las primeras habrían desarrollado trabajos menos penosos que los segundos (Contreras, 2004; Cámara, 2000; 2009).

¿Y, qué ocurre en tierras valencianas? Durante la Edad del Bronce, observamos una clara variabilidad en cuanto al ritual, con enterramientos individuales en cochaca próxima al yacimiento, enterramientos colectivos y enterramientos individuales en poblados. Existen, además, marcadas diferencias en relación con la diversidad cultural de nuestras tierras durante el II milenio a.C. Así, las prácticas funerarias en las comarcas meridionales, caso de San Antón, Tabaià o la Illeta, atestiguan su vinculación al territorio argárico. Mientras que en el área perteneciente al Bronce Valenciano, queda patente la variedad de sus necrópolis y, al parecer, la ausencia de un ritual funerario institucionalizado.

En el caso de la Lloma de Betxí sólo se conocen, hasta la fecha, dos enterramientos humanos (de Pedro, 2010). En el Sector E, zona de ampliación del poblado que configura espacios de terraza, se localizó el primero de ellos, un individuo senil en posición secundaria junto al cual se encontraba el esqueleto de un perro en posición primaria. Destaca la presencia del cánido en tanto que presenta alteraciones de origen antrópico, marcas de carnicería sobre algunos huesos, que podrían indicar su consumo en



A



B

Reconstrucción del enterramiento del Sector Oeste.

A. Dibujo de Á. Sánchez.

B. Dibujo de F. Chiner.

relación con algún acto social o ritual; vinculado quizás al enterramiento de un personaje objeto de una veneración particular. La datación absoluta proporciona una fecha de 3650 ± 40 BP, calibrado a 2σ entre 2140 y 1910 cal BC.

Y en el sector O, en la base de un gran muro ataludado que cierra la edificación superior, se halló el otro enterramiento humano, éste en posición primaria, orientado en sentido este-oeste, con piernas y brazos flexionados y la cabeza vuelta hacia el norte, sin ajuar, en una pequeña fosa de planta aproximadamente circular delimitada por una serie de piedras. Recostado sobre el lado izquierdo, en posición decúbito lateral, pero con el tronco muy inclinado hacia la derecha, quizás por causas post-

deposicionales. La datación obtenida para este segundo enterramiento es de 3400 ± 40 BP, calibrado a 2σ entre 1760 y 1610 cal BC.

En comparación con otras áreas peninsulares, al hallarse pocos ajuares, la información en relación con la presencia de inhumaciones diferenciales es escasa. Y ello a pesar de la existencia de redes de intercambio, como prueban determinadas materias primas y elementos de prestigio como los objetos metálicos, cerámicas decoradas y botones de marfil que sí han aparecido en los contextos de habitación.